

LA INQUISICIÓN Y SU TIEMPO

Por el Dr. C. Blanco Soler

“Hace veinte años.—escribía Hermann Schmit, consejero de Nassau en 1649—se ven en diversos lugares del país leman tan gran número de hogueras, braseros y muertes, ue el humo y el hedor de los cadáveres ha traspasado los montes y los mares.”

Todo esto sin contar las brujas inmoladas en los Países Bajos, muy entrado el siglo XVI, y sin hacer mención de los excesos de Lutero en sus acciones guerreras.

En 1486 los inquisidores alemanes publicaron el *Martirio de las Brujas*, con la pauta de tortura para los sospechosos. Mientras en España la justicia seguía un camino noble, lleno de elementos de defensa para el procesado, en Europa el Norte no cabía el abogado defensor, la inculpación ni la excusante. Mientras en España la creencia en las brujas ha ido siempre de un valor convenido, lleno de ironía y hasta cético, en los pueblos del Norte de Europa la existencia de semejantes seres era de rigor y convencimiento. Espectáculos como vamos a referir jamás se han podido encontrar en

Península. En Alemania, la caza de las brujas era un deporte favorito. En Bonn, cuenta un observador local a principios del siglo XVIII: “los quemados son casi todos brujas...” “Debe estar implicada media ciudad, pues ya han arrestado y quemado a profesores, estudiantes de Derecho, pastores, canónigos, vicarios y frailes... El canciller y su mujer y la mujer del secretario particular del arzobispo han sido quemados ya... Niños de tres y cuatro años tenían amores

con diablos. Han quemado estudiantes y muchachos de novena, cuna de nueve, diez, once, trece y quince años.” Kurth calcula las víctimas de la caza de brujas en Alemania en trescientas mil. Después de la ley de brujería que dictó Jaime I, en Inglaterra (sin Escocia), suman las víctimas varias decenas de millares. Pedro Crepet (*De odio Satanae*) supone que en el reinado de Francisco I fueron en Francia condenadas cien mil brujas. Lamberto Doneau afirma que en Ginebra, en tres meses, fueron ejecutados quinientos. En 1692, en Estados Unidos, ahorcaron diecinueve. En Suecia, en 1670, se condenaron a cerca de dos centenares, entre los cuales había niños de todas las edades que fueron muertos infamantemente. En Escocia, en Holanda, etc., se llega a extremos que no podría imaginar español alguno. Es curioso que en las Indias la Inquisición española no quemó brujas ni hechiceros, tan fáciles de hallar entre los aborígenes, y hacía de la hechicería sorna y ridículo; lo que dice la Enciclopedia Británica de que se ejecutaron hechiceros en Filipinas y Méjico, es faltar a la verdad histórica de manera manifiesta. Difícilmente hay un historiador inglés o sajón que no invente copias o propale martirios atribuidos a los españoles cuando jamás éstos, por su contenido religioso llegaron a los extremos de las razas del Norte, imbuídas de un protestantismo nacionalista e intolerante. Además, el mundo germánico conservaba aún el recuerdo de aquellos horribles castigos que para los reos dictaban sus comunidades primitivas: ahorgarlos en cieno, retorcerles las entrañas, clavarles la rejá del arado... Aun hoy ese criterio racial, que jamás contaminó a España, ha hecho en medio siglo que pereciesen 3.839 personas linchadas en los Estados Unidos “sin la menor garantía de justicia o caridad”. Madariaga, del que copiamos algunas notas que anteceden, condensa su opinión en estas palabras: “Pero el cuadro de terror, dolor, odio y repulsión que pintan Martham Lea y comparsa es pura ilusión.”



MADRID.—En el templo parroquial de San Marcos, ha recibido las aguas bautismales la preciosa niña Adelita Martínez Sheker, segundo de los hijos del oficial de la Legación en esta capital don Emilio Martínez. En la fotografía, un momento de la solemne ceremonia en la que figuran con el párroco de la Iglesia, el señor Martínez; y los padrinos, el ministro plenipotenciario español de primera clase don Ignacio de Muguero, y la profesora doña María Consuelo Perdices.

AGRADECIMIENTO



—Gracias a que vinieron los ladrones he podido averiguar donde escondía mi mujer los cigarros.

—oOo—

—El señor no tiene más que leer la nota: cena, doce francos; vestuario, un franco.

—¡Ah! ¡Bueno, bueno!... Pues sírvame el vestuario.